



Las pequeñas potencias

y la guerra futura

Por el Capitán R. CALLEJA

La creciente especialización técnica y la riqueza en recursos industriales y económicos que exige la producción de los modernos ingenios bélicos, va reduciendo cada vez más el número de Estados que reúnen condiciones de gran potencia, en el sentido actual de la expresión. Si bien hace pocos años este atributo era aplicable a naciones que, como Francia o Italia, tenían una, para entonces, considerable capacidad industrial, y en consecuencia, un importante poder militar, hoy, sin embargo, aun suponiéndolas totalmente repuestas de los estragos de la guerra, no pueden ya considerarse grandes potencias.

Francia, a más de no poder hoy, ni con mucho, competir industrialmente con Inglaterra, y sobre todo con los Estados Unidos y Rusia, no cuenta con el suficiente número de franceses para desarrollar una política exterior de gran potencia.

Tampoco Inglaterra merecería este calificativo sin su gran imperio colonial y sus dominios, pese a las magníficas condiciones industriales de esta isla, razón de su predominio a principios de siglo, gracias a la feliz coincidencia dentro de su territorio metropolitano de grandes yacimientos de hierro y carbón.

Hoy el concepto de gran potencia implica, en primer lugar, enormes contingentes humanos; exige, además, capacidad de producción industrial en cantidad y calidad ni soñadas en la primera guerra mundial, y requiere, por último, la posibilidad de producir energía atómica en

cantidades suficientes para su devastador empleo.

Una impresionante indicación del crecimiento de las necesidades industriales de un país en guerra es la siguiente: el peso del material necesario para el equipo de una división en armas ligeras, artillería, municiones y demás pertrechos era en tiempo de Napoleón menor de la centésima parte del que esta unidad requiere en la actualidad; en 1918 existían en Inglaterra 65 personas dedicadas a la fabricación de municiones por cada cien soldados en primera línea; en 1943 eran 120 trabajadores los correspondientes a cien soldados; téngase en cuenta, además, que la producción del hombre-hora ha aumentado considerablemente y que en la pasada guerra el peso del material que llegaba al frente por individuo era aproximadamente cuatro veces mayor que en 1918. Hoy la elocuencia de estos datos resulta caduca y pobre si se la compara con las excepcionales cantidades de riqueza, habilidad técnica y energía de todas clases que se precisa para producir explosivos atómicos.

China, si bien en posesión de importantísimo contingente demográfico, únicamente puede hoy considerarse como posible gran potencia del futuro; su industrialización está aún muy retrasada, y por ende, la explotación de sus inmensos recursos naturales. Además, el país carece de la necesaria cohesión política y está actualmente dividido en irreconciliables bandos políticos, empeñados en una guerra civil.

Los países iberoamericanos, en plena juventud, prometedora de un brillantísimo futuro, llegarán, previos los ineludibles procesos de maduración, a ocupar un puesto de primera fila en el concierto universal, sobre todo si aprovechando el sinfín de denominadores comunes, religiosos, raciales y culturales, se sobreponen al excesivo individualismo latino y aúnan sus esfuerzos para garantizar los derechos internacionales de la gran colectividad hermana.

No quedan hoy con rango y preeminencia de primeras potencias más naciones que los Estados Unidos de Norteamérica, el Imperio inglés y la U. R. S. S.

Según criterios recientes, los conflictos bélicos no se resuelven ya únicamente en batallas en su forma clásica, sino también, y muy principalmente, como consecuencia de los fabulosos progresos de la técnica militar, mediante la inutilización de la capacidad enemiga para alimentar la guerra.

Parece lógico, por tanto, pensar que la guerra futura empezará con un intento de destruir la potencia material del enemigo atacando sus centros de producción con armas de enorme potencia y gran alcance, tal vez un tipo perfeccionado de la especie de las "V" alemanas, portadoras de explosivos atómicos.

No tratamos de especular sobre un futuro improbable. Por una ineludible ley histórica que gravita inexorable sobre los asuntos humanos, se produce, por lo menos, un gran conflicto armado cada generación, mientras que las guerras de menor importancia se suceden sin solución de continuidad en toda la redondez de la Tierra. Las grandes potencias que se disputan el predominio universal nunca han vacilado ni vacilarán en emplear los más terribles medios de destrucción si lo creen necesario para el logro de sus fines políticos. Permítasenos expresar nuestro escepticismo, ante el ya tantas veces pretendido hallazgo de la panacea que ha de librar a la Humanidad del cáncer guerrero; uno tras otro, hemos visto fracasar cuantos sistemas han elaborado los pueblos para el mantenimiento de la paz mundial, y desgraciadamente, los indicios que acompañan a los intentos contemporáneos no permiten que esperemos de ellos más éxito que de sus predecesores. Más prudente y menos sujeto a error nos parece hacer norma de política internacional al razonamiento basado en la experiencia histórica, del que, por desgracia, sólo tristes conclusiones pueden obtenerse.

Veamos, pues, qué ocurriría si una gran potencia, movida por ambiciones imperialistas, tratase de apoderarse del territorio de otra de modestas características militares.

Como tal potencia de primer orden, la consideraremos definida en la forma enunciada más arriba, y por tanto, cabrá esperar, a primera vista, los más violentos ataques con las armas más destructoras. ¿Qué posibilidades de defensa tiene la nación agredida? Téngase en cuenta en primer lugar que las ambiciones imperialistas de los actuales grandes países son ya desmesuradas con relación al tamaño de nuestro planeta; cualquier movimiento de expansión por parte de alguno de ellos rozaría dolorosamente los intereses y la seguridad de los otros, sobre todo si el país invadido, bien por su situación estratégica o por estar incluido en lo que se ha dado en llamar zona de influencia de otra gran potencia, pone en peligro el *statu quo* internacional; es, pues, muy poco probable que se produzcan guerras de este tipo como iniciación de hostilidades, pues el problema internacional está en realidad planteado únicamente entre grandes potencias y no entre éstas y los países débiles; y si recordamos lo fundamental del factor sorpresa y que la enorme potencia destructora de las armas modernas, verdaderas máquinas infernales, elevaría a su enésima potencia el valor de la popular expresión "el que da primero da dos veces", no parece lógico que una gran potencia, que si se lanza a la guerra hoy no lo hace por tal o cual objetivo más o menos localizado, sino buscando la dominación mundial, descubra previamente sus intenciones, que por mucho que tratase de justificar con razones políticas, sociales o ideológicas, no convencería a los verdaderamente amenazados, a los objetivos reales del gran Estado agresor, las otras potentes naciones.

Creemos que los costosísimos explosivos atómicos u otros armamentos secretos de efectos aún más mortíferos, no se emplearían en quebrantar la capacidad de resistencia de determinadas pequeñas potencias, que por otra parte pueden ser derrotadas sin su empleo, sino que se lanzarían en masa y por sorpresa contra los puntos vitales del único o únicos antagonistas serios, que, repetimos, serían grandes potencias también.

En el actual momento de la vida de la Humanidad existen armas, para las que no se conocen antidotos, ni siquiera paliativos de inmediata aplicación, que podrían aniquilar en pocas horas las naciones más poderosas; hasta el mo-



Mecánico de las Fuerzas Aéreas norteamericanas dando los últimos toques al montaje del motor de un caza.

mento al menos, parece cuestión de bastantes años el preparar las naciones para resistir la potencia destructora de los nuevos proyectiles, siendo, al parecer, la más eficaz de las contramedidas enterrar las instalaciones vitales de la nación y aquellas otras de las que dependa su capacidad de hacer la guerra, aislándolas además de tal manera que no irradian no solamente luz, sino calor y magnetismo (valiosas pistas para las supersensibles espoletas "buscadoras de objetivos" que existen ya en servicio en algunos países), obra gigantesca aun contando con la superabundancia de medios y recursos que caracteriza a las grandes potencias.

Es, por tanto, vital para los presuntos contrincantes en la liza por la supremacía universal, el estar perfecta e instantáneamente enterados de las actividades y propósitos de sus enemigos potenciales "en tiempo de paz", ya que el tránsito al estado de guerra es más que probable que no vaya precedido de declaraciones formales de la misma. El expeditivo procedimiento de atacar sin previa declaración de gue-

rra no fué, como es sabido, inventado por el Japón en el pasado conflicto (recordemos a Nelson en Copenhague, o la guerra rusojaponesa), y contra este peligro, que si siempre fué evidente hoy puede ser mortal para toda una nación, no hay más arma ni más contramedida que adelantarse al adversario, conocidas sus intenciones agresivas, y aniquilarlo en poco tiempo.

Claramente se deduce de lo expuesto la fundamental importancia que el Servicio de Información tiene actualmente para la seguridad de las naciones, y aunque en los párrafos que anteceden nos hemos referido sobre todo a las grandes potencias, no creemos necesario insistir en lo vital de su necesidad en el campo de las relaciones internacionales de las naciones menos poderosas.

Organización aérea de una pequeña potencia.

Base fundamental de toda organización militar es la política exterior del país de que se trate, y dada la generalidad del caso que estudiamos, en el que deliberadamente se evitan concreciones, que complicarían y alargarían excesivamente este trabajo, haremos a continuación una serie de consideraciones que nos lleven a fijar a grandes rasgos las directrices a que deberá atenerse todo intento de estructuración de la aviación de una pequeña potencia cuya norma de política exterior sea, a grandes rasgos: conservar una posición digna en el orden internacional, tratando de garantizar la integridad de sus territorios metropolitanos y de soberanía (caso de que existan estos últimos), lo mismo si surgen conflictos con países de potencia semejante a la propia, como en el de que por estallar un conflicto universal del que no pueda inhibirse, haya de militar en uno de los bandos contendientes.

La adopción de medidas defensivas por parte de las pequeñas potencias está siempre más que justificada, sobre todo en el caso de que su condición geográfica, al servir de punto de apoyo a la palanca de una potencia militar de primer orden, produzca un desequilibrio mundial; el resto de los Estados poderosos procurarían actuar sin pérdida de tiempo al lado del agredido, tratando de restablecer la estabilidad perdida mediante negociaciones, si esto es posible, que atajen la guerra iniciada, o con su intervención armada en el conflicto si fracasan los intentos de conciliación.

Si el choque se produce entre la potencia que

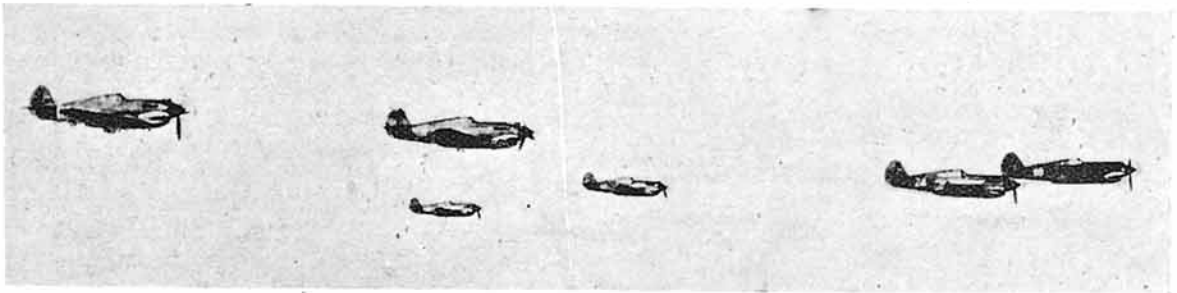
tomamos como ejemplo y otra de análogas características y posibilidades bélicas, la eficacia defensiva de la primera pesará sobre las decisiones de los dirigentes de la política antagonista, haciéndolas más prudentes, y caso de que fracase la diplomacia en su intento de mantener dignamente la paz, la eficaz protección de las reservas morales y materiales de la nación permitirá el normal abastecimiento, descontadas las naturales incidencias de la guerra, de los ejércitos de tierra y mar.

De su condición misma de pequeña potencia se desprende inevitable la servidumbre de su inadecuada producción bélica, que le obligará en todos los casos a depender en mayor o menor grado, pero siempre en cuantía considerable, de

sean cuales fueren los progresos de la técnica; recientemente autoridad tan prestigiosa en estas materias como el Mariscal inglés Montgomery, se ha pronunciado en este sentido.

Es precisamente en el mantenimiento de la eficiencia de ese material humano en lo que principalmente deberán esforzarse las pequeñas potencias.

El más complicado ingenio bélico, resueltas las primeras dificultades de proyecto y fabricación, ocupa escasísimo tiempo de manufactura. Por el contrario, el entrenamiento del personal militar es tarea ardua y que requiere tiempo, así como constante práctica y perfeccionamiento; la pérdida de un profesional de expe-



Cazas norteamericanos que combatieron contra la Aviación japonesa en China.

arsenales extranjeros; labor de sus directores políticos y diplomáticos será el garantizar su concurso en caso de conflictos localizados, ya que si la conflagración adquiere características ecuménicas, las grandes potencias se encargarán de su adecuado suministro.

Información.—Como ya hemos indicado, es factor de fundamental importancia el conocimiento de las intenciones y posibilidades del enemigo, y es misión del Servicio de Información el mantener ininterrumpida la corriente de informes y asegurar que lleguen con oportunidad a sus destinatarios.

Instrucción.—En vista del cada vez mayor predominio del factor material en la resolución de los conflictos armados, parecería ser el problema de la defensa nacional casi exclusivamente de la competencia de organismos no militares, pareciendo también obvia la presencia en un futuro próximo de la "guerra de laboratorios", preconizada por profetas más o menos certeros.

Nada más lejos de la realidad: el factor humano pesa y pesará en cantidad y en calidad,

riencia y eficacia comprobadas, es infinitamente más difícil de reponer que la producida por bajas importantes en material militar de cualquier tipo.

Labor fundamental de toda nación, pero más principalmente de los países de limitadas posibilidades industriales, es mantener al día en plena eficacia y conocimiento técnico al personal de sus fuerzas armadas, y muy especialmente el de sus fuerzas aéreas. Dos razones principales corroboran la evidente verosimilitud de este aserto: no puede ponerse en duda, en primer lugar, que el valor del producto, material por personal, será tanto más alto cuanto mayor sea el de sus factores, dependientes a su vez, en mayor o menor grado, de los coeficientes de calidad y cantidad, según la naturaleza del arma de que se trate; un elevado coeficiente de calidad en el personal podrá mantener el valor de dicho producto a un nivel aceptable, incluso con material de características pobres, supliendo dentro de ciertos límites (aunque reducidos) sus deficiencias con el conocimiento técnico y la adecuada instrucción moral y profesional.

Pero no es el factor de calidad tan sólo el que interesa a las pequeñas potencias, pues puede darse, y en la práctica se da, el caso de que países que por su número de habitantes y sus virtudes de raza ocupen un puesto importante en el mundo, carezcan, en cambio, de los demás elementos necesarios, según la definición anteriormente dada, para poder ser tenidos por grandes potencias. El mantener concienzudamente entrenada e instruída una buena parte de la juventud del país para el desempeño de cometidos en sus fuerzas aéreas, hará posible que en el más probable de los casos que hemos considerado, el de repetición de conflictos mundiales, sea factible la pronta organización de una eficiente fuerza aérea. Como ya hemos dicho, los poderosos aliados le prestarían inmediatamente un eficaz apoyo material. Este apoyo no valdría nada en sí mismo: la máquina necesita y seguirá necesitando la impulsión anímica e inteligente del hombre, merced a la cual llega a veces a ad-

quirir características casi vitales. Una nación que no esté en condiciones de poder utilizar al máximo y con rapidez la necesaria ayuda material, mediante su propia aportación del adecuado contingente humano, no pesará en forma alguna en ningún conflicto armado del futuro. El arma secreta de los países de escasos recursos económicos e industriales, es la calidad técnica y moral de sus soldados, en el más amplio sentido de esta última palabra.

Si esto es aplicable, en general, a todas las fuerzas armadas, adquiere particular importancia en la aviación; es tal el progreso incesante de cuanto se relaciona con esta rama de la actividad humana, que obliga a los profesionales que traten de mantenerse al día a una ineludible especialización, pues es ya prácticamente imposible para un solo individuo el abarcar el conjunto del sinnúmero de materias que componen la ciencia aeronáutica moderna, tanto civil como militar.



Tropas de Ingenieros del Ejército norteamericano limpiando un campo de minas dejadas por los alemanes en su retirada, durante la campaña de Sicilia, y localizadas por medio de detectores.

De cuanto antecede se deduce la necesidad de proceder a un adecuado adiestramiento intelectual y físico de las fuerzas aéreas, que será tanto más eficaz cuanto mayor sea el número de centros dedicados a la enseñanza y aplicación práctica de las distintas ramas de la actividad aérea. Y la experiencia de la pasada guerra aconseja la creación de un alto organismo centralizador de toda la organización de enseñanza que sea responsable de su eficacia ante el Mando Supremo Aéreo.

Organización de cuadros y reclutamiento.—Unicamente se presentan problemas a la Fuerza Aérea distintos de los normales en los Ejércitos de Tierra y Mar, cuando se trata del reclutamiento de personal técnico, el que en razón de su necesaria especialización es particularmente costoso de conseguir en dinero y tiempo.

Las pequeñas potencias no deben pretender organizar sus fuerzas aéreas a base de plantillas de acuerdo con sus necesidades nacionales, cubiertas únicamente por Oficiales y clases profesionales, pues esta solución, por costosa, ha sido abandonada ya incluso por los países que cuentan con las máximas posibilidades de todas clases.

El personal volante debería comprender dos categorías distintas, una de ellas constituida por profesionales en número relativamente pequeño y calculado con arreglo a los efectivos que se prevean para tiempo de guerra, debiendo existir un Oficial profesional al menos en las unidades de tipo grupo. Las unidades inferiores podrían, en tiempo de guerra, estar íntegramente mandadas por Oficiales de complemento, que durante la paz serían instruidos y mantenidos en eficacia mediante una Organización Instructora, a cargo de Oficiales profesionales, que manejarían e instruirían estas unidades no regulares, cantera en constante proceso de renovación, de la que se obtendrían la mayor parte de personal volante y técnico necesario en caso de guerra.

Los Oficiales profesionales deberán estar constantemente sometidos a cursos, ejercicios y maniobras que tiendan a mantener en ellos un elevado nivel de preparación profesional, pues siendo el armazón fundamental del Ejército del Aire en guerra, de su mayor o menor preparación dependerá la mayor o menor eficacia del conjunto.

Cuanto se indica respecto al reclutamiento e instrucción de la oficialidad, es perfectamente aplicable al caso de los Suboficiales y clases.

Arma Aérea.

En una pequeña potencia consideramos como necesarios los siguientes organismos:

Mando Supremo Aéreo y Estado Mayor Central:

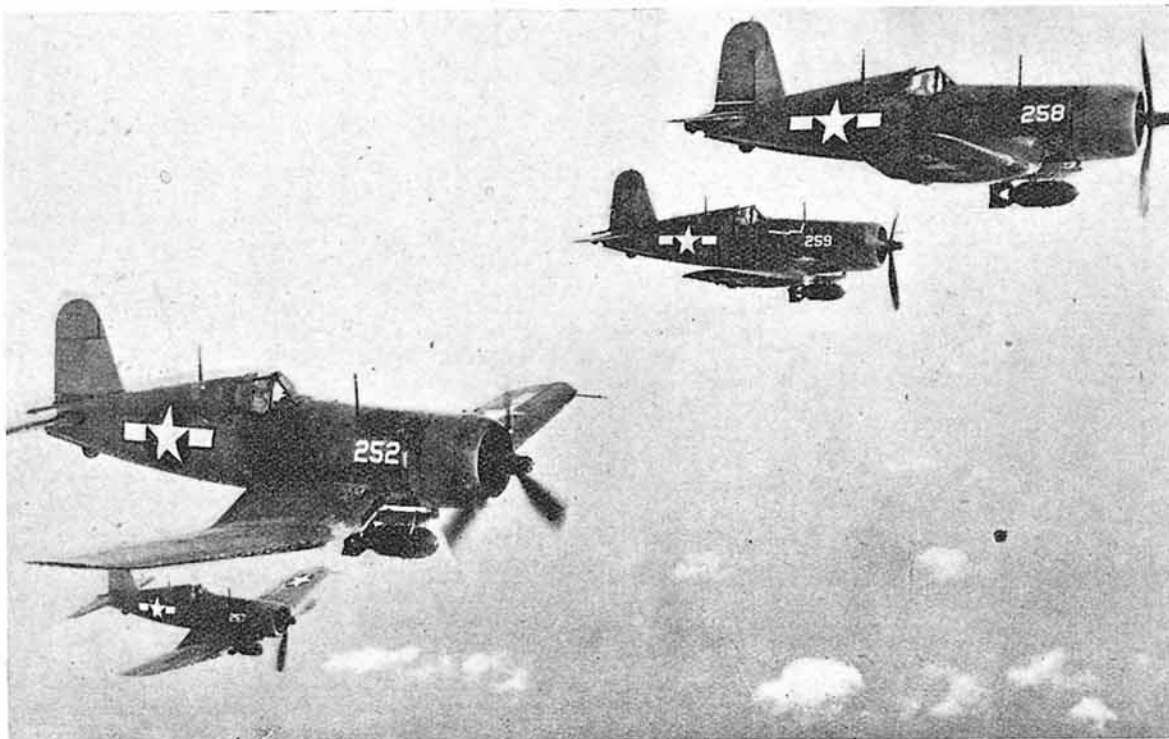
- 1.º Aviación estratégica.
- 2.º Aviación táctica.
- 3.º Mando de Defensa aérea.
- 4.º Aviación costera (si ha lugar).
- 5.º Aviación informativa.
- 6.º Organización territorial.
- 7.º Reserva aérea.

Esta organización general debe ser eminentemente flexible, y sus distintas agrupaciones podrán ser reforzadas o ampliadas a costa de las otras, si las circunstancias así lo aconsejan.

Aviación estratégica.—Es evidente la necesidad de una aviación con misiones de carácter estratégico si se quiere obtener una adecuada calidad defensiva; es característica especial del Arma aérea que sus especialidades todas, aun empleadas defensivamente, actúan siempre atacando. Existen en toda guerra, por muy defensivo que sea su carácter, objetivos cuya neutralización trae consigo una mayor facilidad del cumplimiento de los fines de defensa, y que son únicamente vulnerables a la acción ofensiva del Arma aérea.

Es evidente que no habrá apoyo mejor para las fuerzas de tierra que aquel que tienda a aminorar los efectos del ataque aéreo enemigo a las primeras líneas, y no es menos cierto que la aviación enemiga tiene su talón de Aquiles en los aeródromos; podía objetarse que el cometido de neutralización de las bases aéreas avanzadas del enemigo sea de la incumbencia de la Aviación táctica; pero es importante lección de la pasada guerra, y consecuencia del principio militar de la acción de conjunto, que los aviones de bombardeo estratégico pueden y deben emplearse en misiones puramente tácticas, aprovechando, a más de sus grandes posibilidades de carga, la mayor seguridad que ofrecen sus aeródromos, generalmente situados a gran distancia de las líneas.

Otras razones justifican la organización de una agrupación estratégica con fines defensivos, y no es la menos importante de todas ellas el hecho de que la inevitable ofensiva aérea enemiga sobre los centros urbanos y fabriles y nudos de



Cazas "Corsair", de la Marina americana, equipados con bombas colocadas debajo del fuselaje, volando sobre el Pacífico para atacar las instalaciones japonesas.

comunicación de la retaguardia propia, son cometidos de la Aviación estratégica contraria, y que tan eficaz por lo menos como la acción prohibitiva de una buena red de defensa aérea, es el ataque a las bases de la aviación atacante. Además, los entorpecimientos logísticos, consecuencia de la acción aérea, son tanto más graves cuanto más lejos se producen de la zona de combate, que, por otra parte, está bajo la acción de la Aviación táctica.

La Aviación estratégica ha de contar con un Mando Aéreo Estratégico, con su Estado Mayor, y su organización puede variar dentro de ciertos límites: siendo evidente que las fuerzas que se envían al ataque de objetivos lejanos dependerán, en cuanto a efectivos, de la categoría del objetivo en cuestión, únicamente interesará la organización de Grandes Unidades, a efectos de facilitar el ejercicio del Mando y los problemas de abastecimiento; como, por otra parte, la pequeña potencia no contará con grandes efectivos que permitan incursiones de muchos aviones, podría organizarse esta fuerza a base de unidades de tipo División, si las posibilidades del país lo permiten, o a base de agrupaciones menores, si esto no fuera posible, teniendo en

cuenta la servidumbre que se impone a la conducción de Grandes Unidades de bombardeo en el aire por el número de aviones que en vuelo puede mandar un solo individuo, y que se admite internacionalmente como constituido por la unidad de categoría Regimiento. El nombre de División aérea estratégica empieza a estar justificado a partir de los 300 aviones, sin contar los de reserva.

Imprescindible para el funcionamiento de estas unidades es la existencia por División de unidades de reconocimiento estratégico para información del Mando aéreo, y unidades de transporte para el mantenimiento y enlace de la División, así como los servicios indispensables para su funcionamiento.

El Mando de las Divisiones así formadas tratará por todos los medios de mantenerlas en la debida eficiencia, maniobrando con sus componentes en ejercicios y maniobras reales, e incluso sobre el papel, para que la unidad entera conserve constantemente la conciencia de su propia personalidad y posibilidades; el Mando, no solamente el aéreo, sino también el Alto Mando, se habituara desde tiempo de paz a sopesar y

estimar cuanto se refiere al manejo de tales grandes unidades. El cabal conocimiento por los Mandos de las unidades de sus posibilidades y características, sobre todo de la más importante de estas últimas, su incomparable flexibilidad, hará que sean perfectamente factibles maniobras de las grandes unidades aéreas, incluso casi diariamente, ya que la facilidad de desplazamiento y concentración de sus componentes hace que con una simple coordinación de los planes de instrucción diarios, normales en las pequeñas unidades, se consigan excelentes maniobras de conjunto, por ejemplo cada quince o veinte días.

No debemos asociar a este orden de ideas la preclia dificultad que entrañan unas maniobras terrestres o navales, sujetas a infinidad de servidumbres y que traen consigo dispendios extraordinarios que obligan a dosificar e incluso a prescindir en largos períodos de tiempo de su celebración, no solamente por lo elevado de su coste, sino también por su inevitable repercusión en una serie de actividades de la vida nacional.

En circunstancias de normalidad en tiempo de paz, contando con el adecuado suministro de combustible y con un ritmo de construcción y reparación de aviones suficiente, que una unidad que normalmente vuela todos los días lo haga independientemente, o dentro de un plan de maniobras establecido por el Mando de la gran unidad a que pertenece, no supone mayor gasto ni trastorno de ninguna clase.

Es de sobra conocido el hecho de que son las fuerzas aéreas las que llevan el peso de la casi totalidad de las operaciones iniciales en caso de guerra, y que los primeros contactos y los únicos combates durante estas primeras fases son los aéreos; la vertiginosa rapidez con que puede desencadenarse un ataque de aviación obliga a las armadas aéreas a mantenerse en constante alerta moral, material y técnica.

La guerra aérea no admite períodos de ensayo o acoplamiento; exige, so pena de catástrofes irremediables, que sus elementos mantengan en todo momento un elevado nivel de actividad y potencia que les permita actuar desde los primeros minutos de la ruptura de hostilidades, bien sea ofensiva o defensivamente; soluciones inspiradas en desdoblamientos y creación de unidades como consecuencia del estado de guerra, acertadas y eficaces en el caso de los Ejércitos de Tierra y Mar, a consecuencia del ritmo, infinitamente más lento, que es característico de sus movimientos y necesidades, son incompatibles

con las ya señaladas características de la guerra aérea.

Aviación táctica.—Podría constituirse por unidades entrenadas y equipadas para cumplir misiones en la zona de acción de las fuerzas terrestres, y sería cometido de estas fuerzas, en tiempo de paz, estudiar, en unión de las unidades de tierra, con las que han de operar conjuntamente, las mejoras y perfeccionamiento de los métodos de ataque, así como probar nuevos procedimientos a introducir en la táctica aeroterrestre.

Puesto que estudiamos el caso de una pequeña potencia, no sería posible la organización de Grandes Unidades de empleo exclusivamente táctico, ni mucho menos el que dicha Aviación táctica se diluyese dependiendo de los Mandos de las Grandes Unidades terrestres, lujo que ni aun las más poderosas naciones pueden permitirse.

Podría solucionarse el problema organizando una Agrupación de aviones cazabombardero tan importante como fuera posible, en la que la unidad de enlace con tierra fuese el Regimiento, quien lo haría dentro de la esfera de acción de la Gran Unidad Ejército.

Esta agrupación constaría de un Mando, con su Estado Mayor especializado en cuestiones de acción aeroterrestre, y sería su constante preocupación el conseguir el más elevado grado de eficacia en el funcionamiento de sus unidades, que si bien debe ser empeño principal de todo mando militar, vendría agudizada en este caso por la necesidad de suplir con un perfecto funcionamiento la escasez de los medios a su disposición para atender a las necesidades de las Grandes Unidades de Tierra.

Es evidente que la dificultad de la colaboración aeroterrestre crece en razón inversa de la categoría de la unidad de Tierra en cuyo provecho actúa la aviación, pues cuando el apoyo se hace, por ejemplo, en beneficio de una Gran Unidad de categoría superior, División, Cuerpo de Ejército o Ejército, se actúa progresivamente en terreno enemigo, donde los errores, de producirse, no tienen consecuencias de inmediata gravedad para las fuerzas propias.

Para obtener el máximo rendimiento en la cooperación aeroterrestre, y ante la imposibilidad de que las pequeñas potencias dispongan de unidades especialmente dedicadas a la cooperación, sería conveniente la existencia de Escuelas de Colaboración o Cooperación Aeroterrestre, por las que pasarían constantemente,

mediante un sistema de rotación, las unidades aéreas tácticas cada un cierto periodo de tiempo, y mediante un sistema análogo las unidades de Tierra harían un verdadero curso de cooperación, con lo que poco a poco se iría consiguiendo que tanto Aire como Tierra fuesen imponiéndose en sus respectivos papeles y resolviéndose, de común acuerdo, el problema del enlace y la cooperación.

Mando de Defensa aérea.—Es tan patente la necesidad de organizar debidamente la defensa del territorio nacional contra posibles agresiones aéreas, que apenas si necesita argumentación.

Un despliegue aéreo preventivo, defensivo, es tan absolutamente imprescindible, que sin él cualquier medida de seguridad que se adopte por parte de los Ejércitos de Tierra o Mar es absolutamente ineficaz, pues la vulnerabilidad del territorio en sus puntos más vitales es hoy independiente de la cantidad o calidad de los despliegues defensivos de tierra o mar.

El sistema, dotado de toda clase de medios antiaéreos (caza nocturna y diurna, radiolocalizadores, artillería antiaérea, barrera de globos, transmisiones propias, etc.), constaría de un Mando con su Estado Mayor, del que dependerían las cabeceras de las diferentes subdivisiones de la Organización Territorial, aprovechándose así la firmeza y permanencia de esta última para asegurar el buen funcionamiento de toda la red del sistema defensivo; estas subdivisiones territoriales tendrían, pues, aparte de sus cometidos propios, que se expondrán en su lugar, el carácter de organizaciones de combate, y de sus jefes dependerían un cierto número de unidades de caza y de antiaérea, así como la red de escucha y localización y la parte del sistema de transmisiones enclavado dentro de cada una de las subdivisiones.

El Jefe de cada una de estas subdivisiones territoriales sería el responsable del funcionamiento de los medios de defensa aérea sobre el territorio de su jurisdicción; lo que no quiere decir que se produjese una compartimentación rígida, incompatible con el criterio de empleo del Arma aérea, ya que el Mando central puede y debe dirigir, a través de su red de enlace propia, la defensa de todo el territorio nacional, concentrando, cuando así lo exija la cantidad de enemigo, su calidad o la importancia del objetivo a defender, los efectivos móviles a sus órdenes, las unidades de caza pertenecientes a la

zona donde se encuentra el objetivo atacado, más otras pertenecientes a demarcaciones territoriales no amenazadas directamente.

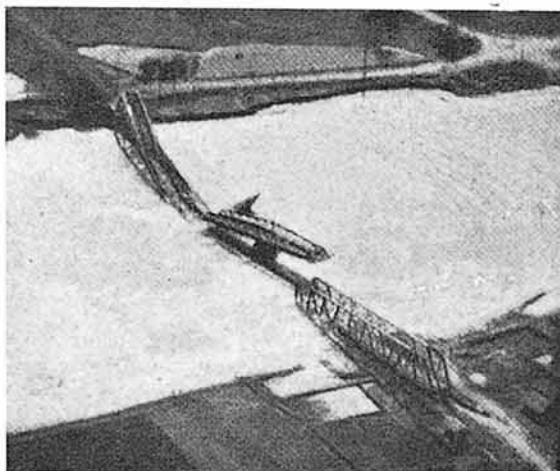
La continuidad de la corriente de información instantánea se asegurará recibiendo en centrales radiotelefónicas dependientes de las Terceras Secciones de Estado Mayor de las demarcaciones territoriales todas las alarmas procedentes de los puestos que la red de información tendrá adecuadamente repartidos en todo el territorio nacional, centralizándose en la misma Sección del E. M. del Mando de Defensa aérea.

La organización de la red de escucha y detección es relativamente fácil de establecer, y su eficacia dependerá en gran parte de la calidad del material de transmisión y localización, así como del entrenamiento del personal que lo maneja.

Creemos que esta organización responde al concepto de que la defensa antiaérea del país es misión de organizaciones combatientes, más eficaces cuanto más compactas, formadas por elementos terrestres y aéreos, que contribuyen tan activamente como puedan hacerlo las unidades de primera línea al esfuerzo bélico de la nación entera.

Siendo, pues, una organización eminentemente activa y operante, consideramos más adecuada la denominación Mando de Defensa aérea que la de Servicio del mismo nombre.

Cabe preguntarse ahora si deberían o no adscribirse permanentemente unidades de caza a la



Puente destruido completamente por un bombardeo, viéndose en la fotografía una embarcación hundiéndose.



Resultados de un bombardeo aliado de Alemania.

organización que estudiamos, y a este respecto puede decirse en primer lugar que existirían determinados sectores del territorio de los países particularmente interesantes para su economía de guerra, que exigirían la permanencia de las unidades defensivas, tanto de caza como de anti-aéreos y globos, para hacer difícil y peligrosa la acción enemiga contra ellos, no pudiendo bajo ningún concepto desprotegerse objetivos cuya destrucción tendría consecuencias irreparables.

Otras zonas serán interesantes de defender circunstancialmente, y otras, por último, carecerá constantemente de interés el defenderlas, y de su situación dependerá el que pueda descuidarse o no la vigilancia del aire sobre ellas, en previsión de que puedan ser utilizadas por el enemigo como zonas de aproximación por sorpresa.

Aviación costera.—Si la nación en cuestión es

marítima, deberá contar con una aviación costera que, a las órdenes de un General de Aviación, esté en contacto íntimo con el Almirante de la Flota; su organización deberá basarse en un criterio geográfico.

Los limitados recursos de una pequeña nación no permitirán la creación de una aviación embarcada, arma, por otra parte, peculiar de las grandes potencias, que necesitan de los portaviones para trasladar las bases de la aviación a lejanos teatros de operaciones, en los que sus intereses chocan con los de otras grandes naciones.

Por tanto, las misiones de cooperación con Marina serían de la incumbencia de la aviación costera, y de la acción conjunta de ambas, si estuviesen discretamente equipadas y entrenadas, resultaría cumplido el objetivo de mantener, caso de conflicto con naciones de posibilidades semejantes, despejadas las aguas jurisdiccionales y las zonas de interés para el comercio propio; cometido que si se produjese un nuevo conflicto universal, competiría a las poderosas Marinas y Aviaciones de sus grandes aliados.

Aviación informativa.—A las órdenes de los jefes de la G. U. Ejército y superiores existirían unidades encargadas de proporcionarles la información necesaria para el Mando.

Organización territorial.—Al hablar del Mando de Defensa aérea ya se ha hablado de una de sus más importantes funciones; además, sería esta organización territorial la encargada del mantenimiento de las bases aéreas dentro de su demarcación, así como del suministro de las unidades de ella dependientes y de aquellas otras pertenecientes a las demás grandes agrupaciones que se encuentren desplegadas en su zona.

Reserva aérea.—También hemos aludido a ella al referirnos al principio de este trabajo a los problemas de instrucción y reclutamiento.